

La noche en que Inés derrotó el miedo.

Por Aura Encinales Ardila

El miedo empezó a devorar el cerebro, el cuerpo y el alma de Inés cuando aún no había cumplido los siete años. Todo empezó en una noche de octubre. El aguacero torrencial, que caía desde temprano, la había mantenido en un estado de duermevela, aterrorizada por los truenos ensordecedores y el golpe de la lluvia contra el techo de zinc. La luz metálica de los relámpagos le dejaba ver a través de las hendiduras las gruesas nubes grises que se movían enloquecidas en el firmamento. Por fin, cuando sintió que la intensidad del aguacero disminuía, se dio vuelta más tranquila, acomodó sus cobijas y se dispuso a dormir.

Solo habían pasado unos minutos desde entonces, cuando sintió voces y el relincho de caballos que se acercaban. No había terminado de preguntarse quiénes podían ser, cuando oyó que derribaban la puerta de tablas de la cerca que rodeaba la casa y, luego, un tropel de pasos subía por la escalera de madera. Ya estaba sentada en la cama con el corazón amenazando con saltar de su pecho, cuando vio a su mamá que corría hacia ella.

—¡Inés, no grite, no grite, por favor! ¡Rápido, métase aquí, en este baúl! ¡Y por nada del mundo salga, ni grite, hija! —decía mientras la tiraba hacia el cajón donde guardaban ropa.

—¡Pero quiénes son, mamá, a qué vienen! No se había terminado de cerrar la tapa cuando Inés sintió que ya los hombres estaban dentro de la casa.

—¡A ver, músico hijueputa, ahora sí le llegó la hora de cantar! Por lo menos sus amigos ya lo hicieron ¡Y si viera cómo les quedó la lengua! Mejor dicho, cómo quedaron sin lengua... ¡Jajajaja!

Un coro de carcajadas acompañó la risotada del hombre. Luego, los golpes contra la pared de tablas que separaba su cuarto de la sala le hicieron pensar que la tumbaban. De pronto, oyó la voz quebrada de su papá.

—¡No sean tan malnacidos! ¡Con ella no se metan!

Los gritos de su mamá y de su hermano Luis se sobreponían al resto del estruen-

do; pasarían cuatro años para que volviera a escuchar la voz de él. Entonces, Inés apretó con todas sus fuerzas sus manos contra los oídos. No tuvo idea cuánto tiempo pasó así hasta que, de a poco, pudo comprobar que todo estaba de nuevo en silencio. Con cautela fue levantando la tapa del cajón. Nada se movía. A tropezones se abrió paso entre la penumbra y los muebles rotos. A duras penas lograba identificar la silueta de las cosas. Con un susurro empezó a llamar a su papá, a su hermano, a su mamá. Nadie respondió. Entonces, acurrucada en un rincón, gritó hasta sentir que la garganta le quemaba.

Las primeras luces del amanecer le revelaron parte de la tragedia. Parecía que un ciclón hubiera levantado la casa. Como si esperara que de un momento a otro su familia se levantara de entre los escombros, volvió de nuevo a llamarlos a todos mientras levantaba trapos y trozos de sillas. De pronto, un gemido apenas audible la llevó hasta el cuarto de sus papás. Sus ojos desorbitados descubrieron el cuerpo desnudo, amoratado y sangrante de su mamá. De vez en cuando tomaba algo de aire moviendo apenas su pecho. Difícilmente podía reconocer su cara en esa masa deforme. Aturdida se sentó frente a ella sin tener idea de qué hacer.

Ya había salido el sol por completo cuando vio aparecer a algunos de los vecinos. Poco a poco fueron llegando, hasta que en solo unos minutos la casa estuvo llena. Todos le preguntaban lo mismo. Que dónde se había escondido, que qué había alcanzado a ver. Una señora le había dicho que ayudara a meter su ropa en un maletín que le entregó y, un rato después, cabalgaba con ella y con su marido hacia el pueblo, a la casa de su abuela Julia, según le dijeron.

Ella salió a recibirlos arrugando su cara más que de costumbre. Hablaron a gritos en la cocina y luego los vecinos pasaron por su lado sin decirle nada, montaron sus caballos y regresaron por donde habían llegado.

Inés no recordaba un solo momento en el que ella y su madre se hubieran sentido bien en esa casa. No solo a cuenta de la abuela que jamás les había disimulado su antipatía, sino también por cómo era la casa. Las paredes ásperas que dejaban ver los bloques de cemento estaban llenas de pequeñas repisas con encajes polvorientos, sobre las que había colocado estampas de santos o fotos amarillentas de personas que posaban muy serias. Justamente, una de esas fotos correspondía a la de su abuelo en un ataúd. Le rodeaban la abuela, su papá y sus tíos. Ella siempre le ponía pequeños ramos de flores al frente. En una mesa esquinera adornada con un mantel blanco bordado de flores, reposaban unos ángeles gorditos y desconcha-

dos que tenían una mirada de la que Inés perturbada siempre trataba de rehuir. Tres asientos de madera y una silla de lona descolorida era todo el mobiliario. A un lado, estaba la habitación de la abuela que sencillamente le resultaba aterradora. En la pared, un enorme cuadro del Sagrado Corazón parecía señalar con sus manos sangrantes la cama cubierta con una colcha de retazos, donde siempre estaba extendido un pantalón negro, una camisa blanca y unas medias también negras, formando lo que pudiera ser el cuerpo de su marido.

—Estará ahí hasta el día que me muera —se apresuraba a decir, cuando advertía el desconcierto de quienes miraban aquello.

Enseguida quedaba otra habitación grande y oscura, con unas camas hechas de madera burda y colchones raídos que dejaban ver la paja. Durante los siguientes cuatro años, esa sería su habitación.

Esa noche, igual que muchas otras, lloró hasta sentir que de sus ojos ya no salía una lágrima. Los días fueron pasando y el revuelo de voces y visitas empezó a bajar. Pronto comprendió que era inútil suplicarle a la abuela Julia que la llevara de nuevo a su casa, que le explicara dónde estaba su mamá y quiénes se habían llevado a su papá y a su hermano. Ella se limitaba a ignorarla y a ponerle reglas “para que pudiera vivir bajo su mismo techo”. Y aunque el miedo que se había apoderado de Inés no le daba tregua nunca, los viernes eran su peor pesadilla.

—Hoy es viernes de María —repetía jubilosa la mujer mientras ponía la olleta del tinto al fogón y empezaba a amasar las arepas.

Entre las cuatro y las cinco de la tarde, sentada en la mecedora de tela al lado de la puerta de la calle, recibía muy sonriente a otras mujeres de su misma edad y porte. Entre sorbos de café se empezaban a contar las últimas noticias sobre sus conocidos, los velorios más recientes a los que asistieron y los acontecimientos misteriosos que según ellas siempre ocurrían en el pueblo. Cuando hablaban de su familia, acercaban sus cabezas mirando para todos lados y casi susurrando a sus oídos. Ya al anochecer, a la luz incierta de una vela, iniciaban un interminable rosario que finalizaba con cantos y oraciones que una recitaba y las demás respondían en coro, con una entonación hipnótica. Inés sentía que de sus recuerdos y de todo ese agobio que le causaba la abuela, solo la rescataba el breve tiempo que pasaba en la escuela y sus clases de guitarra.

Y es que había sido curioso que el único gesto de compasión que Julia tuvo con su nieta fue el de matricularla en la escuela y contratar con el profesor de música

clases particulares de guitarra. Tal vez porque quería complacer a su hijo, cualquiera que hubiera sido su suerte.

Él, guitarrista talentoso y dueño de una afinada voz, se había empeñado en enseñarles a sus hijos a tocar desde que habían cumplido los cuatro años. De hecho, ya su hermano a sus trece años contaba con varios premios por su participación en los festivales de música campesina de la región.

Y fue una noche de viernes justamente, cuando en su cuarto maloliente y a la luz de una vela, buscó calmar su angustia rasgando su guitarra. Sintió que esas notas que empezaban a salir cada vez mejor tenían el poder de hacerla ir a otra parte, al lugar que quisiera y con las personas que se le antojara. Ya no olía a los orines de las madrugadas de terror, sino a flores y a aire fresco. Y en lugar de los cantos monorrítmicos de las mujeres, lo que se escuchaba era el coro con su voz y la de sus compañeras que cantaban Lunita Consentida, bajo la dirección del maestro. Pero, además, no tuvo duda en que podía ir más allá. Estas notas que salían de su guitarra le daban también el poder suficiente para despojar de sus sábanas a los fantasmas y mirarlos de frente; para llenarse de tanta alegría que sería capaz de ahuyentar con ella a las ánimas en pena que su abuela le señalaba por todas partes; pero, sobre todo, para desterrar la rabia que sentía por los que le habían arrebatado a su familia. Por primera vez, desde esa mañana en que salió de su casa, durmió la noche completa. Por primera vez se durmió sonriendo, con la esperanza de que, de alguna manera, su pesadilla ya había empezado a llegar a su fin.